

ellos se ven—como en una radiografía—los desplazamientos y las líneas estéticas que el escritor prefiere. En un plano está el mar, pero el mar en función dramática de la vida y de la lucha por la vida: como en los cuentos «Puerto Negro», «Mar Pacífico», «Puerto las Animas», «En el Límite» y «Tifón», todos de muy alta jerarquía creadora; en otro plano está—aunque a veces se funde con el anterior—su don fantástico, metafísico y culto—algo similar al de Jorge Luis Borges—como ser en los relatos: «El hombre de Medianoche», «El Hombre del Funeral» y «El Techo del Mundo», con sabrosos desplazamientos hacia lo humorístico. En esta misma línea hay también otros relatos, pero nos parecen inferiores a los mentados. Finalmente, hay en Juan Marín, un tercer plano, intensamente trágico, humano y realista, y que en este libro lo constituyen sus cuentos: «El curco Meléndez» y «La Cacería de un hombre». Tal vez ninguno sea tan puro y marinesco como «Puerto las Animas» o «La Cacería de un hombre». En «El Techo del Mundo», pese a su buen humor, hay un pesimismo trascendental, en el destino del hombre, que hubiésemos preferido no hallar. Pero, sin género de dudas, el volumen nos da la sensación que Juan Marín es uno de los grandes cuentistas de hoy en suelo de América.

Finalmente, trae el libro un prólogo fraternal y ecuménico, del notable escritor centroamericano Juan Felipe Toruño, que abre amplio margen para futuras investigaciones.

Buenos Aires, febrero de 1950.



<https://doi.org/10.29393/At299-21MYJL10021>

«MAMITA YUNAI», por C. Luis Fallas.—Edit. Nascimento, Chile.

La literatura centroamericana ha logrado, estos últimos años, mostrarnos una serie de novelistas con una gran capacidad humana, que se expresa no en intenciones retóricas, ni de falsas vidas de personajes, sino en una experiencia directa, apasionada

y exacta de las circunstancias de convivencia en sus masas trabajadoras y la clase media de estos pueblos. En América existe una prepotencia intelectual de las grandes ciudades y de los grandes y falsos escritores, tendiente a concebir la obra de creación en nuestro continente como algo que ya debe abandonar en gran parte las expresiones personales de nuestro pueblo, para elevarnos a crear de acuerdo con técnicas o corrientes modernas. Es común entonces ver que la crítica aisla de su docta opinión a aquellos libros que no representan algo de lo nuevo.

Las personas que defienden una cultura que debe tener actualmente cierto equilibrio con la calidad del desarrollo creador de otros continentes o de países superiores en su vida social, muestran claramente un desprecio y un desconocimiento de muchas otras razones que originan materiales artísticos de extraordinario valor; donde se puede lograr una originalidad y una fuerza expresiva ignorada, que no podemos encontrar en la actualidad. Admiran estos escritores, según ellos, el carácter humano que poseen las obras modernas, en su técnica y en su material y desprecian lo nuestro como algo circunscrito a una región, a una situación social determinada y hablan entonces con gran desenfado, creyendo que eso los eleva en sus círculos o les permite sublimar su incapacidad. Los países europeos en su desarrollo histórico no abandonaron jamás los motivos nacionales aunque pudieron hacerlo con la imitación de pueblos superiores a su época contemporánea, o satisfaciendo sus ambiciones con obras meramente intelectuales. España, Francia, Alemania, a quienes buscamos hoy como algo necesario para elevar nuestro medio, tiene obras que conservan una capacidad histórica nacional de belleza extraordinaria; obras creadas en la transformación de esas nacionalidades, hasta adquirir una libertad espiritual y una independencia social.

Pero todas estas actitudes de círculos, todas las pasiones personales que rara vez alcanzan universalidad y que son tan explotadas, todas las razones que puedan estos señores esgrimir

tienen una derrota doble: su inconsistencia humana que desespera reflejar sus intuiciones y definir con la palabra y con sus obras, tratando de ser fieles a su capacidad personal, creyéndose poseedores de grandes concepciones estéticas y el desarrollo firme en lo humano y material de los pueblos que entregan materiales de creación, para expresarlos en la obra literaria.

Las clases intelectuales no pueden erigirse en oráculos de los pueblos y de sus destinos. Cuando esta actitud es constante se refleja en una literatura cursi y débil que el público capta en su sensibilidad como algo intelectual, pero nunca como expresión de renovada vida, en sus diversos aspectos. Europa tiene hoy una literatura que expresa su humanidad mucho más intensa que la nuestra. ¿Podemos entonces imitarlos, sin perder nuestra vida propia?

«Mamita Yunai», es una novela que relata la historia de las plantaciones de bananos en el Atlántico; Costa Rica es aquí objetivamente, en esta novela, lo primario en su situación social, intelectual y moral. La obra expresa estas pasiones directas que afloran con más desesperación, porque reflejan actitudes de pueblos explotados por mentalidades especiales en lo humano y social. De este choque nacen personajes primarios, fuertes para el trabajo y nobles en sus ideales, porque desconocen otros medios y otras maneras de vivir ajenas a su incipiente organización. En la lucha de defensa y ataque de estas corrientes humanas hay personajes situados en circunstancias especiales, que producen materiales para presentarlos con belleza también original. Para lograrlo es preciso una vida amplia y no circunstancial, avasallada a un potente dominio artístico.

Aquel que lleva más de las diversas vivencias en desarrollo dentro de su corazón y de su inteligencia los admira, como lo merecen. Hay que captar en su actualidad dramática y no a posteriori, las obras de creación. Mirarlas no para satisfacernos, únicamente en su estética, sino en su significación profunda.

La novela tiene mucho de relato en su primera parte y de

evocación. Técnicamente no puede juzgarse con criterio de erudito o de escritor con estilo. Un hombre debe internarse en la selva para defender a su partido en la elección que debe desarrollarse bajo la férula de los dueños y la complacencia de los explotadores. Entonces marcha de noche y se disfraza para no ser conocido.

«Se metía el indio de nuevo y se oían sus manotazos contra la mesa, en un vano esfuerzo por pegar las estampillas. ¡No les había puesto saliva!... Y volvía a aparecer mostrando las estampillas despegadas y haciendo gestos de desesperación. Antes de que intervinieran nuevamente los soplonés, lo cogía yo de un brazo y lo arrimaba a la mesa de la junta.

—A ver, Jorge; decímele a este señor cómo es que se vota.

Jorge no tenía más salida que coger la papeleta y la estampilla.

—Se le unta saliva a esto, así, ¿ve?—le decía al indio mostrándole la estampilla y haciendo como que le pasaba la lengua. —Después la pega aquí... o aquí... onde usted quiera, ¿entiende?—Y le marcaba la casilla de los partidos políticos.

—Ejem—murmuraba el indio completamente desorientado».

En la segunda parte, nos pinta la visión de la vida en una plantación de plátanos en la costa atlántica.

«Había un palpar de emoción en la voz de esos hombres curtidos por el duro bregar de la vida; por el sol, el agua y el barro de los bananales. Yo imaginaba pueblitos risueños recostados al pie de montañas azules, desde donde venían estos hombres cantando y huyendo de la bota del gringo. Y del sable del déspota.

Pobres hermanos nicas. Vienen cantando, arrullando ilusiones, en busca de libertad y trabajo, a caer nuevamente en las manos del gringo. Y a llenar con su esfuerzo el bolsillo del rapaz Agente de Policía».

La pintura de hombres y mujeres es sencilla, objetiva. La obra logra su objeto y se desarrolla sin falsedades. Hay en las

páginas de esta novela una gracia de narración, un lirismo medido y duro, un placer en la lucha tenaz y en la defensa de vidas y derechos. Es una obra que tiende a marcar el paso de una literatura que no puede dejar de elaborarse, porque lo grande en los artistas es bajar a los estratos humanos y mirar con valentía, sin temor a dañar su *ubicación* artística ni su personalidad humana.

El autor muestra una creación personal y un sencillo y hermoso dominio en su estructura estética. En diversos detalles se ve el hombre sincero que prefiere decir lo que siente, antes de elaborar cuadros de falsa belleza. Su cualidad de autor no es lo primero que expone; pero en su desarrollo notamos su dominio para observar y escoger sus incentivos artísticos que producen emoción y belleza.—J. L. D.